

## Palabras sin letras

---

**Gregorio Valera-Villegas<sup>1</sup>**  
gregoriovaleravillegas@gmail.com

*Para Walter Kohan*

Era un hombre feo, se diría de él, de aspecto que generaba risa en quien le mirara. Su calvicie en una cabeza cúpula contrastaba con su abundante y undosa barba. Cara pequeña y cabeza en forma de ábside. Su nariz rolliza y respingada, sus ojos saltones. Su fealdad no pasaba desapercibida ante nadie y menos entre sus amigos que le gastaban bromas. A él no le importaba y les ayudaba a reír. Pobre y artista de la escultura, de obras de escasa estimación, de tres por locha podía decirse. Gustaba, eso sí, de dialogar y de invitar a pensar especialmente los asuntos humanos con todo aquel que se encontrara en su camino.

Aquel día se levantó muy temprano, como no era su costumbre. Algo le inquietaba y no sabía qué era. Al estar frente al espejo maquilló su cara como sí era su costumbre. Sus pantalones a punto de caérsele ya estaban puestos en aquel cuerpo delgado y mustio. Sólo faltaba la camiseta de tres botones y el sombrero de peladito de barrio. Pañuelo al cuello y chaleco, «la gabardina» decía, infaltables, vinieron al final. Todo listo y a la calle, grácil y a saltitos cruzados.

Ciento cincuenta metros, metros más, metros menos, tuvo que subir para alcanzar la ciudad alta. Atravesó Propileos ligero de pasos. A la derecha divisó el templo de Atenea, la de la sabiduría, y se detuvo un momento a contemplarlo. Luego, transcurridos unos minutos, continuó presuroso como si alguien le esperara. A la izquierda y al final de la Acrópolis le aguarda el Erecteón, le asombra la tribuna apoyada en seis cariátides.

---

<sup>1</sup> Escritor y profesor de filosofía. Entre sus obras literarias publicadas pueden señalarse: *Del habla, del silencio, del otro. Cuaderno de poesía*, Caracas, Ediciones del CDCHT de la Universidad Simón Rodríguez, 2006; *Tiempo inerte y otros relatos*, Caracas, Ediciones Del Solar, 2009; *En la hora final y otros relatos*. Caracas, Ediciones Del Solar, 20012; *Cuerpo, memoria y olvido. Cuaderno de poesía II*. Caracas, Ediciones Del Solar, 20012; *Mina, papel y fuego* (novela). Caracas, Ediciones Del Solar, 20016.

«Hermoso, muy bonito. No hay duda». Y sigue el camino ahora hacia el sur; en la ladera de la Acrópolis, restos de edificios le hacen detenerse. Mira a su izquierda y una persona extrañamente vestida le llama la atención. Está parada mirando el Teatro de Dioniso, como si lo hubiera conocido de antes.

Allí estaba aquel extraño sujeto que a leguas se veía diferente del resto de las personas que pasaban por el lugar. Una túnica púrpura con mangas, vieja y gastada por el uso, que le cubría desde el cuello hasta las piernas, le servía de vestido en todo tiempo y lugar. Bajito, barrigón, de ojos saltones y nariz respingada, sin calzado en sus pies. Descuidado de sí, en suma, austero y frugal en extremo. Fama había alcanzado por su modestia, su paciencia, su resistencia física y lo brillante de su pensamiento. «El más sabio...» se le consideró. Él, por su lado, había averiguado la razón por la que así se le llamara. Le apodaban «el tábano...» por las interrogantes que como punzadas recibía sus interlocutores, aunque a simple vista parecieran menos complicadas y profundas de lo que eran. Aparentaba no saber ninguna respuesta y acosaba a sus contertulios con preguntas, como un fiscal en un juicio, llevándoles a inesperadas y asombrosas admisiones. Aquel extraño personaje estaba abstraído en sus pensamientos cuando él se detuvo muy cerca. Al principio le pareció un pordiosero, luego un estrafalario filósofo.

El hombre de peculiar vestuario le dice en alta voz:

—En este teatro se estrenaron las obras de Sófocles, Aristófanes y Esquilo.... Las tragedias. Sí, las tragedias —dice, reafirmando lo que cuenta.

—Como quien dice es cosa de acordarse, de memoria de elefante... Ahora, le confieso que yo tampoco entiendo lo que recuerdo, pero sí sé bien lo que digo... o no, quizás no, como tampoco.

—Sabes muchas cosas, y no sabes que lo sabes... A ver, ¿qué es la sabiduría?

—¡Uyyy! ¿Por qué no me lo da sencillo y no tan doble y peliagudo...? Sabiduría, sabiduría..., sabiduría... «Ahí está el detalle, chato, que no es lo uno ni lo otro, sino todo lo contrario». Uno está aquí tranquilo tomándose una dosis de belleza, cuando de repente ¡toma tu tomate!, me sales tú con esa pregunta tan grandota.

El hombre de la túnica raída y descolorida por el uso excesivo y los soles de la calle quedó un tanto sorprendido por la respuesta. Realmente no esperaba algo así. Él era un entrevistador nato, un preguntón incómodo e irónico en extremo. Se jactaba de tener siempre una réplica punzante cual más. Por lo que, incómodo, molesto e insatisfecho por la respuesta dada por el tipo del sombrerito, el pañuelito rojo sobre el hombro y pantalones en la cadera a punto de caerse, cambió un poco la pregunta para obtener lo que buscaba, que no era otra cosa que aquel sujeto pintoresco se diera cuenta de su ignorancia, y sacarle de dentro de sí el conocimiento que permanecía oculto e ignorado.

—¿Quién es una persona sabia para ti? O mejor, ¿tú dirías que Sócrates es una persona sabia? ¿Y que, pongamos por caso, Sancho Panza no lo es?

—Sabio como sabio, no sé si es sabio el que más sabio es, porque si sabe tanto para decir que es sabio, no debería estarlo diciendo en cada esquina. El sabio, sabio es y punto... Ese señor Panza, sí, ese sí, tenía tanta sabiduría como Panza, con el cable siempre a tierra... Porque si usted dice que es sabio, pongamos por caso, sabio es, o es tan sabio que no sabe que es sabio y la sabiduría le ha abandonado, le ha dejado viudo... Si me entiende, o se lo repito otra vuelta... Porque sabio es el que es sabio, y no es, pos, no es... Y está claro, señor sabio..., ni son todos los que son, ni son todos los que están... Si me entiende, o se lo repito otra vuelta...

«Este señorcito me quiere hundir en el pozo oscuro de sus retruécanos para evadir responder mis preguntas, se las vacila y se escapa como si nada. Es un inflapelotas, no hay duda». La túnica raída la agitaba el viento de la tarde, su dueño estaba ya un tanto molesto y optó por cambiar de asunto, con la idea de alcanzar lo que buscaba. Volvió sobre sus fueros y preguntó a su interlocutor esquivo una y otra vez, con el mismo resultado. Toda pregunta resultaba inútil, la respuesta cambiaba de tono manteniendo su estilo. Nada, sin aparente respuesta, ante el preguntar incesante.

Finalmente, el de la túnica raída, que tenía muy presente en sus actos la virtud del valor, de la firmeza y el coraje, logró sosegar de aquel diálogo extraño. Las horas fueron caminando sobre las gradas del teatro de Dioniso hasta desaparecer, y llegó la noche, y con ella la despedida, cada uno se escurrió por entre las sombras de la Acrópolis.

≈

Al pie de la Pirámide de la Luna, indeciso de subir o no, y mirando hacia la cúspide de ella, se halla el señor del sombrero y los pantalones a la cadera a punto de caer, cuando a sus espaldas oye una voz ya conocida que le pregunta.

—¿Es que acaso tienes miedo? El miedo se vence enfrentándolo, aunque te tiemblen las piernas... Dime, ¿qué es el coraje?

Él interpelado gira despacio, lo mira de frente y sonrío.

—Usted de nuevo, el hombre de la túnica raída. Veo que sigue con la misma ropa, ¿es que no tiene otra?...

—¿A qué viene esa pregunta? ¿Es que acaso no se ha mirado la suya, que es igual a la de la última vez que nos vimos?

—Pero, es que yo soy un personaje...

—¡Ah, sí, entonces yo también lo soy! Pero no me evada la respuesta a la pregunta que le acabo de hacer.

—Ahí está el detalle chato, que no es lo uno ni lo otro, sino todo lo contrario. Pero el caso es que uno está descuidado, tranquilo, mirando esta pirámide aquí Teotihuacán, cuando de repente, sin más ni más le zumban desde atrás, como a traición, una de esas

preguntotas que usted acostumbra... Como sí, o como no... El caso es que de la preguntadera viene, de la preguntadera y no más que preguntadera, va y viene, viene y va, y hasta arriba y hasta abajo, de lado, y de aquí pa' allá, y así.... Si me entiende.

—Perdone mi intromisión repentina y sin respeto, es sólo que lo he reconocido desde lejos y por ello me he parado detrás de usted. Un comediante tan brillante como usted, seguramente tendrá la claridad que estoy buscando para ayudarme a comprender algunas ideas de las que tengo dudas desde hace mucho tiempo.

—Usted con su inteligencia inteligente me quiere poner, ahora sí que como quien dice, con diferencias conmigo mismo. No, ni se apure, yo soy el que soy, y si no soy sigo siendo..., pero así sí no, chato. Óigame usted, ¿qué clase de pregunta es esa?, si yo no le hice nada para merecer semejante interrogación, que me dejó desinterrogado, de a de veras.

—Señor cómico, porque así se le considera. O mejor, señor gran actor cómico, como así lo reconocen. Uno puede en un momento dado hacerse el tonto por estar representando un papel en el teatro, y otra muy distinta es serlo. Al tratar de dialogar con usted no he podido por más que lo he intentado, y mucho menos entenderlo. No me he propuesto molestarlo, por Zeus cómo habría de hacerlo, es sólo que los seres humanos tienen un especial interés para mí, y me gusta conocerlos.

—Escúcheme, serlo y no serlo o al revés no depende de mí, no soy responsable. Un hombre sabio como usted puede parecer inteligente siempre, y puede no serlo en x circunstancia. Así que un tonto puede serlo a veces, y en otras no, y en otras sí, y al revés. Claro, si a usted le parece, porque en esto de pareceres uno no termina, a mí me parece y a otro no, y a otro tampoco.

—Créame que trato de entenderlo, aunque le repito que hasta ahora no he podido... Una pregunta que me ha estado rondando en la cabeza al hablar con usted es: ¿Qué busca un actor cómico?

—¡No que no, por ahí no, chato! Ahora sí nos desviamos, nos salimos del canal y entramos en uno requetecomplificado de la complicadera. Me llevas a hablar de un asunto que el que busca no encuentra, y sigue buscando y regresa sin regresar a buscar más, pa'lo hondo se mete a nadar, y vuelve a salir y resopla, y vuelve a meterse y nada, nada de nada y es mucho. Es algo de la entendera, no entendible... algo incomprensible- mente incomprensible.

—Yo he decidido preguntar, escuchar, pensar, cuestionar, y al final proponer alguna idea, nunca antes de haber pasado por el proceso antes descrito, aun así usted deja la pregunta abierta, sin responder: ¿Qué busca un actor cómico? La comedia es género opuesto a la tragedia, ya lo sabemos...

—Y si lo sabemos —le interrumpe el hombre del sombrero—, ¿pa' que pregunta? Usted sabe la respuesta y se hace el que no sabe. Pues no se haga... Ya lo acaba de decir: «ya lo sabemos». No sé quién, además de usted, lo sabe.... ¡Ah, sí claro, ya lo entendí: ¡Dios y usted! O como usted diría: los dioses y usted...

—La comedia es historia con final feliz, ¿no es cierto? Y usted como actor representa comedias o papeles que dan risa. Va de aquí para allá haciendo reír, y eso no es fácil. Hacer reír no es fácil y usted lo logra con facilidad...

—Yo hago reír -le interrumpe, una vez más, el hombre del sombrero- al que reír quiere, porque si no quiere yo no lo obligo. Reír, risa, reidera, vuelvo a reír de risa, de risa vuelvo a reír hasta que ya no doy más risa....

—¿Le gustaría conocer a Aristófanes? Dígame que sí y lo vamos a buscar. A él seguro que le gustaría conocerlo. Un comediógrafo grande para un cómico grande. ¿No le parece justo?

—Pos conocerlo, conocerlo hoy no. Le digo que no como si le dijera que sí. Otro día, no sé cuál de los días pasados pasaremos juntos. Son muchos los que usted tiene detrás, o adelante. Pero no le garantizo nada. Estos señores de mucha pluma como usted, no me convencen mucho. Escriben, escriben en la fiebre de la escribidera que les llena todo el cuerpo, sin dejar ni un lugarcito para hablar. Escriben, escribidera va, escribidera viene...

—Yo no escribo. No sé de dónde ha sacado eso. Debería saber que nada escribo, que nada escribiré. Prefiero la palabra viva porque infla mi pensamiento, le da vida y puedo tratar de ayudar a vivir bien a otros, especialmente a aquellos que son ignorantes e ignoran que lo son...

Si supiera que Aristófanes no gusta de mí. No me quiere, ni quiere mis ideas, ni lo que pienso. Llegó incluso a escribir una comedia sobre mí en la que se burla y ridiculiza mi pensamiento y censura mis diálogos con los jóvenes. Yo, por el contrario, reconozco su talento.

—Ya ve usted, en algo coincidimos, en la no escribidera; mejor dicho, en la habladera. Yo ando con mi máscara fea, soy un enmascarado pero no de plata, sin plata. No como el Santo, ese es de plata. Yo ando por ahí teniendo como oficio el sin oficio, porque andar con oficio es muy aburrido y sin risa. Soy risible, ando de risa, ella me cunde el cuerpo risible, sin dolor y sin ruina, río risible, y vuelvo risible y río.

—Usted es un hombre feo que da risa, que hace reír...

—Soy un hombre inferior que da risa, a pesar de mi estatura... Ría, ría en el río de la risa, yo me río de la risa, río... Hay momentos momentáneos de la vida, y estos son unos de ellos. Mire usted, cuánta pensadera me ha dado por pensar la pensadera. Ni se lo imagina, imaginándolo desde la imaginadera que a usted le gusta. Porque no se haga,

porque por ahí va su preguntadera, ¿o no? Dígame, ¿o no? ¡A que sí, o a que no! Igual no importa.

—Mire usted, como usted dice. Las respuestas no son fáciles. No son baratas, como diría usted. Y, quizás, me esté volviendo loco tratando de entenderlo.

—¿Cómo dice que me dijo que dije?

—Dije que quizás las respuestas no son tan baratas, que resultan muy caras. Pero óigame usted, las preguntas no son tampoco baratas, son muy caras, y a veces más caras que las respuestas. ¿No le parece a usted?

—¡Claro que sí, si uno jala la sardina para su brasa!

Y ríe por el sarcasmo. Ríe por vez primera ante el hombre de la túnica raída. Ante el hombre feo, tan feo que no parece un filósofo sino un actor cómico.

—Bueno chato, que tenga un feliz regreso de donde vino. Que los dioses le acompañen, como usted diría. Y de paso también Dios y la Virgen de Guadalupe. Tiene usted suficiente compañía acompañada...

¡Ah, y mientras está aquí y no en el otro lado, no dude en venir a platicar conmigo! No lo olvide, pos aquí estaremos si no estamos en otra parte, y ya no me encuentre, sin encontrarme.

≈

El hombre de la túnica raída sigue su visita por la Acrópolis. Todo allí luce casi destrozado y repleto de grúas gigantes como jirafas. Muchos siglos han pasado desde su esplendor cuando la conoció, Pericles ha quedado muy atrás en el tiempo. Algunos fueron los responsables de los destrozos y los saqueos de un lugar otrora tan bello. Sin embargo, el aire de los tiempos idos vuelve sobre ella y sobre la memoria del visitante de los pies descalzos esos, el de la nariz rolliza y respingada, de ojos saltones aquellos. Durante la visita a la Acrópolis, que hacía con cierta frecuencia, le fue posible al contemplar su magnificencia, y con la ayuda de su prolífica imaginación, viajar hasta aquella época de su declive, de su derrumbe.

≈

El hombre de los pantalones casi caídos, con expresión sardónica se vuelve a reír del mundo desde lo alto de la Pirámide del Sol. El del sombrerito aquel, el de los bigotitos aquellos, el de las cejas que se levantan como sables cortantes, trae con él el choteo en todo su cuerpo, todo hecho comedia, hecho risa. Y el «explícame por qué ora sí ya te entendí» vuelve. Vuelve, una vez más, aquel que no dice nada, en apariencia, y sí mucho para reírse del mundo, sin que este último deje de reír al verlo. Dice nada al decir mucho, porque quiere enseñarnos a ser distintos. Y ahí va con sus pasos inconfundibles, rítmicos, grotescos. «Órale, arráncate... desde el momento en que no fui quién era, no supe por

dónde andaba... cada quien por su cada lado, ya ve usted, pos vamos a ver si nos vemos...  
y se acabó».